

Eso Anthropos. Claves para la comprensión de la fe en don Miguel de Unamuno

RODRIGO SEGARRA GUARRO
Barcelona

PRESENTACIÓN Y DEFENSA DE LA TESIS DOCTORAL (Barcelona, 9 septiembre 1991)

A raíz de la inclusión, en decreto firmado por Arturo de Jorio, notario, el 30 de enero de 1957, de *Del sentimiento trágico de la vida* y *La agonía del cristianismo* en el *Índice* de libros prohibidos, arreció en España una violenta polémica cuyos portavoces fueron diversos periódicos nacionales. Con los títulos de tres escritos que, en dicho año, vieron la luz pública en Las Palmas puede resumirse lo que Unamuno fue en vida y ha seguido siendo en el acontecer intelectual, político y, sobre todo, religioso, español. El primero fue el editorial del *Diario de Las Palmas* que, con el título *Siempre Unamuno*, atacaba el 19 de febrero la condenación de Don Miguel por el Santo Oficio. A esta apología del rector salmantino replicaba el periódico *Falange* el 7 de marzo con el artículo *Unamuno, nunca* firmado por el juez municipal Gabriel de Armas. Por último, el 11 de marzo el *Diario de Las Palmas* expresaba su voluntad de dar por zanjada la discusión, a la que se habían añadido otros periódicos, en el artículo *...Y sigue Unamuno*¹.

Para unos Unamuno es objeto de aplausos y alabanzas (así, los de Amancio Sabugo); para otros, de censuras e insultos (por ejemplo, los de Joan Fuster). Y, efectivamente, para contento de los primeros y mal que les pese a los segundos, Don Miguel sigue vivo. ¿Qué tiene Unamuno para excitar simpatías y antipatías tan apasionadamente?

Ciñéndonos al aspecto religioso, que es el que aquí nos interesa, encontramos que, y siempre con textos en la mano, el pensador bilbaíno ha sido enjuiciado, mayoritariamente, como ateo (L. González Egido), agnóstico (Jesús A. Collado, Malvido Miguel, P. Turiel, Rocamora, Martínez Santamarta, A. López Quintás) y creyente, ya considerándolo teísta (Sevilla Benito, Gómez Moriana, Cuéllar) ya aceptándolo como cristiano. En efecto; de Unamuno se ha proclamado su ateísmo (Corominas) y se le ha dictaminado obsesión por el problema de la fe (José Camón) y un amor desmedido por Dios (B. Villarrazo). No han faltado tampoco los que le han conceptualizado un hipócrita y un farsante, ya por esconder su falta de fe en una agonía que juzgan un puro espectáculo (Sánchez Bar-

1. DE ARMAS, Gabriel: *Unamuno ¿guía o símbolo?*, Distribuidora exclusiva: Euramérica, S.A. Madrid, 1958.

budo) o bien por ocultar su fe disfrazándola de lo que suponen un fingido ateísmo. A Unamuno se le ha pretendido insertar definitivamente en el cristianismo (A. Zubizarreta) o, por el contrario, se le ha diagnosticado un rechazo visceral del mismo (F.J. Satué). Su ateísmo ha sido visto como absoluto («la fe no estaba en él» pontifica A. J. Onieva) o presentado mitigado por el hambre que de Dios y de eternidad reconocen que sentía; y su agnosticismo ha sido defendido, ora afirmando que no era incrédulo ni creyente (Ignacio Elizalde), bien declarando que su ateísmo era tan real como su entrega a Dios (Fernández Turienzo).

Aunque en todas las posiciones la variedad de matices que encontramos es impresionante, la agnóstica y la cristiana son las que con mayor fuerza se han disputado el ser o no ser religioso de Don Miguel.

En cuanto a la primera el amplio abanico abarca desde los que le tienen por un agnóstico radical (Guillermo Fraile) hasta los que, no estimándole ni incrédulo ni creyente, sostienen que cuando exteriorizaba sus dudas éstas caían más del lado de la fe (Eugenio G. de Nora), pasando por los que ven en él a un pensador que, aun moviéndose dentro de los planteamientos del agnosticismo, no lo era claramente (J. Sarasa San Martín) sino un agnóstico inquieto que buscaba incansablemente, día y noche, a Dios (Emiliano Aguado). La defensa de la postura agnóstica viene facilitada por la ambigüedad a que se prestan algunos textos de Don Miguel (los cuales, como observa Eusebio Colomer², para algunos creyentes se manifiestan más bien como privativos de persona atea mientras que examinados por incrédulos resultan de cariz marcadamente religioso) cuando son examinados aisladamente, sin conexión con el resto de su obra.

Desde la perspectiva cristiana los juicios emitidos no pueden ser más multiformes y hasta opuestos. En un sorprendente pendular su cristianismo ha sido calificado de «muy sospechoso y falso» (José Oroz); ejemplar («uno de los casos de más honda fe de toda la cristiandad» dogmatiza Romero Flores; «entre los escritores españoles modernos no conozco, asegura José Antonio Balbontín, ninguno más inflamado por el amor al Cristo vivo»); «profundo, sincero y convencido» (Agustín Esclasans); «libre y tolstoyano» (Antonio Castro); «auténtico y muy original» (Alan Guy); «sui-géneris» (Charles Moeller; Ferrater Mora); peculiar (Eduald Forment) y personalista (Rivera de Ventosa); es decir, un cristianismo configurado a su imagen y semejanza (Vicente Marrero).

Unamuno ha sido presentado como «apóstol espiritual» (Giovanni Papini); «Cristo peninsular» (Gil Benumeya); «San Miguel de Unamuno» (Benjamín Carrión); «más católico de lo que nos han dicho» (E. Miret Magdalena); perteneciente «irrevocablemente a la Iglesia Católica por más heterodoxo o herético que fuera» (Arturo Barea); «el más acérrimo enemigo de la fe católica; el apóstol de la infidelidad anticatólica» (González Caminero); innecesariamente heterodoxo pero dentro del espíritu del catolicismo (Julián Marías); «glorioso heterodoxo, anarquista apostólico romano, místico sin fe» (Fidelino de Figueiredo); «el gran hereje de nuestro siglo» (Benjamín Jarnés); «hereje máximo y maestro de herejías» (Antonio de Pildain, obispo de Canarias); «hereje popular católico» (L.F. Vivanco); «ateo místico, escéptico creyente» (Jiménez Ilundain); «místico al revés» (Max

2. COLOMER, Eusebio: *La fe de Unamuno*, Razón y Fe, Enero 1966, n° 816, año 66, Tomo 173, fascículo 1, pp. 20-21.

Aub); «místico con los pies en el suelo» (J. M^a González Ruiz); «de la estirpe de nuestros místicos» (Díez Canedo); «alma naturalmente cristiana» (Azaola; Laín Entralgo); «más bien cristiano que católico» (Vintila Horia); con fondo pietista (García Morejón); de entraña luterana (J. L. Aranguren); con el entendimiento protestante, con el corazón católico (Hernán Benítez) y, como no podía ser menos, ni luterano ni católico (debido, según Jacinto Grau, a que no podía creer).

De Don Miguel, para terminar esta breve y variopinta incursión por sus comentaristas, se ha hablado de «su ímpetu iconoclasta» (J. Manyà); de su «aberración protestantoides» (P. Mesnard y R. Ricard); de «su envenenamiento por la teología protestante» (P. de la Pinta); de su «postura protestantófila» (Ramón Roquer); de su fiducia protestántica (García de Castro, arzobispo de Granada); de su eternismo (E. Robert Curtius); de su «vida gloriosa de profeta» (Gregorio Marañón); de su «conciencia mesiánica» (Gómez Molleda) y de su «complejo de Jehová» (J.L. Abellán).

Esta asombrosa pléyade de opiniones tan contrapuestas puede inclinar a considerar que el dictamen lanzado por Federico Urales³ de que con los textos de Unamuno se demuestra todo lo que uno se proponga defender –y que de todos los sitios y sistemas se escapa– es cierto y que, por lo tanto, no ha perdido vigencia⁴. Para apoyar esta opinión basta, en efecto, con observar el hecho de que Unamuno ha sido campo de todos, un autor abierto a quien se le ha hecho decir las más disparatadas, extravagantes, sensatas e ingeniosas afirmaciones y teorías, y a quien se le ha apropiado para abanderar las más encontradas causas, lo cual pasa por inherente del modo de ser español para al que, como el mismo Don Miguel admitía, no hay, al parecer, más opción que la de ser pro o anti algo o alguien. Sin embargo, no debe callarse que este proceder ha sido resultado, casi siempre, de una lectura precipitada, superficial, parcial y partidista, donde el tizeretazo seleccionador de textos, su posterior manipulación y la final composición del rompecabezas ha sido la práctica habitual. Ahora bien, si procedemos a efectuar un estudio detenido, extenso, profundo, imparcial y objetivo de su obra, nos damos cuenta de que en Unamuno se da una línea de continuidad que da sentido y coherencia a sus, por supuesto verdaderas, contradicciones espirituales, anulando por falso el manido tópico del anarquista catalán.

Nos causa extrañeza, perturbación y espanto, encontrar tanta disparidad de criterios y nos obliga a preguntarnos ¿cómo es posible que se hayan escrito tantas exageraciones, deformaciones, inexactitudes, falsedades, incoherencias y frivolidades? Es evidente que muchas de las apreciaciones que hemos anotado son respetables y que algunas de ellas son defendibles e incluso –en parte o en su totalidad– aceptables, pero es indudable que otras no son más que reflejo de una época, de unos prejuicios, de una previa posición subjetiva o interesada, o debidas al desconocimiento de lo que se ataca o defiende. Porque si difícil nos es, entre otros, adivinar qué puede ser un cristianismo sui-géneris, imposible nos resul-

3. URALES, Federico: *Evolución de la Filosofía en España*. Ediciones de Cultura Popular, S. A. Barcelona, 1968, p. 167.

4. Así no es extraño leer en nuestros días afirmaciones como las de Jerónimo Moya: «No se olvide que a través de los textos unamunianos puede demostrarse casi todo y también casi todo lo contrario» (El País, 30-12-1986) y Pedro Rodrigo: «Parafraseando a Terencio habría que decir de Unamuno: 'un hombre, tantas opiniones'» (*Miguel de Unamuno, un castizo español*, El Alcázar, 31-12-1986)

ta comprender qué es un anarquista apostólico romano o un escéptico místico, o cómo es posible analizar psicológica o clínicamente el «complejo de Jehová». Tampoco alcanzamos a ver cómo es dable pensar en protestante y sentir en católico, o profesar, al mismo tiempo, un ateísmo y una entrega a Dios en que sea tan real lo uno y lo otro; y se nos aparece como enigmático el que se pueda ser luterano sin haber leído, como así parece⁵, directamente las obras del reformador. Hemos de suponer que algunos críticos, queriendo ser más unamunistas que el propio Unamuno, han jugado, con tal de definirlo y clasificarlo –sin atender a su ruego: «dejen de querer encasillarme»⁶– a las antítesis y paradojas más diversas. Y como no era éste el tipo de contradicciones a las que se refería, Unamuno ha ganado su vida⁷.

Alrededor de los catorce-quince años situamos nuestra primaveral seducción intelectual por Unamuno. A pesar de ser un autor con libros prohibidos, «un hereje», empezamos a leer directamente sus escritos, y mientras algunos de éstos se nos antojaban francamente entendibles, otros, por el contrario, nos resultaban altamente confusos y misteriosos. Al progresar en edad fuimos añadiendo, con la intención de aclarar en lo posible nuestras ideas, libros críticos sobre su obra. Pero la verdad es que, lejos de allanar nuestro caminar hacia una mejor comprensión de la misma, las dificultades aumentaban pues lo que ardentemente defendían unos era atacado con igual virulencia por otros. No obstante, no nos dejamos vencer. Y entre lecturas en directo de sus textos y otras tantas de comentarios y estudios que sobre el rector salmantino nos venían a mano fueron pasando los años y con ellos se fortalecía una decidida voluntad de encontrar por nosotros mismos el secreto del hasta entonces impenetrable mundo religioso de Don Miguel. Fruto de este empeño fue, después de innumerables lecturas con sus correspondientes reflexiones, la tesina de licenciatura⁸ que iniciamos con el propósito de abrir camino para, con una base sólida, realizar posteriormente la tesis doctoral. En ella, además de estudiar la muerte –definición, características y aspectos– en Unamuno, defendíamos, a partir del artículo *San Pío X*⁹ –en que nuestro autor explica que *Del sentimiento trágico de la vida*, *La agonía del cristianismo* y *San Manuel Bueno, mártir* forman una trilogía– tres estadios en la evolución de la fe del pensador vasco: el primero, desde 1897 hasta, aproximadamente, la publicación de *Abel Sánchez*, caracterizado por la fe activa y cuyo eje explicativo hallamos en la primera de las obras mencionadas; el segundo, desde 1917 hasta finales de febrero de 1928, determinado por la fe pasiva y cuyo apoyo queda establecido en el escrito de París; el tercero, desde el inicio del *Cancionero* hasta su muerte, diferenciado por la aparente no fe –ni activa ni pasiva– y cuyo centro es la agonía del cura Don Manuel.

Pero si bien el planteamiento nos parecía el adecuado, a medida que nos adentrábamos en el desarrollo del mismo se fue erizando el sendero y no supimos cómo evitar las

5. GELABERT, Martín: *Raíces luteranas en Unamuno y su talante reformador*; separata de Anales de la Cátedra de Teología en la Universidad de Valencia, 1984, pp. 251 a 268.

6. *Mazzini y Renán*, 11-1919, Afrodisio Aguado, O.C. VIII, p. 994.

7. *Ibidem*, p. 994.

8. SEGARRA GUARRO, Rodrigo: *Agonía poética*, tesina de licenciatura, dirigida por el Dr. David Estrada Herrero.

9. *San Pío X*, 24-7-1935, Colección Austral, n° 900, p. 129.

muchas páas que salían a nuestro paso. Terminada la tesina, y una vez leída el 28 de junio de 1985, seguimos trabajando en esta misma interpretación convencidos de que al final lograríamos resolver las múltiples incógnitas que asaltaban nuestra mente. Tan seguros estábamos de ello que la presentamos en comunicación el 10 de diciembre de 1986 en el Congreso Internacional Cincuentenario de Unamuno, celebrado en Salamanca¹⁰. Con todo, cada vez se nos hacía más palmario que nos encontrábamos en un callejón sin salida. Y, consecuentemente, tuvimos que renunciar finalmente al camino seguido hasta entonces. Nuestro enfoque de los tres estadios era, sin duda, demasiado simple y endeble. Obviamente la trilogía de que habla Unamuno se refería a algo mucho más profundo que una tajante separación en el tiempo o una estricta delimitación de ciclos de fe. Tardaríamos más de dos años en hallar la adecuada y convincente explicación. Por de pronto la tesina sólo nos había dejado claro que Unamuno era creyente pero que no lo podíamos considerar, hablando con propiedad, cristiano. Aunque lo logrado era muy poco, el primer paso estaba dado. La elaboración de la tesis doctoral se nos presentaba, por lo tanto, como la obra de reconstrucción de un edificio antiguo, deteriorado por el paso del tiempo. Era totalmente indispensable volver a leer –más bien a deletrear– la extensa obra de Unamuno.

El proceso de Investigación que seguimos en la elaboración de la tesis doctoral abarcó tres densas etapas:

I. La primera, un año y medio de atenta, lenta y provechosa digestión de escritos, nos reveló de modo patente que:

1º La Biblia fue el libro de cabecera de Unamuno, lo único que da continuidad a su vida y a su obra. Pero al decir Biblia hemos de entender preferentemente el Antiguo Testamento. En contra de lo que convencionalmente ha hecho suponer la más engañosa apariencia, no es en el Nuevo Testamento donde Unamuno se inspira en su producción literaria o encuentra apoyo su fe. El pensador vascosalmantino no escribió ningún cuento, novela o drama que se pueda encuadrar dentro de la llamada literatura cristiana –ni siquiera *San Manuel Bueno, mártir*, la que más cercana estaría de esta denominación–. Casi todas sus obras están tramadas con personajes, pasajes y escenas sacadas del Antiguo Testamento y que recrea dando muchas veces la sensación de que intenta modernizar de modo personalísimo un género bíblico tan antiguo como el midrás.

Al confeccionar el elenco de libros (temas, pasajes...) y personajes que más aparecen en las páginas de Don Miguel hemos de situar en primerísimo lugar *Génesis*, *Éxodo*, *Job*, *Salmos*, *Eclesiastés* y, a continuación, *Cantares*, *Isaías* y *Jeremías* –sin olvidar el de la *Sabiduría*– que son los libros veterotestamentarios de los que, directa o indirectamente, cita, alude y comenta más pasajes, al tiempo que Adán y Eva, Caín y Abel, Esaú y Jacob, Moisés y Job son los personajes más nombrados y glosados. Llama profundamente la atención, por sorprendente, que en toda la ingente obra unamuniana no se encuentre, salvo en dos o tres esporádicas ocasiones, mentado a Abraham ni considerado el sacrificio de

10. SEGARRA GUARRO, Rodrigo: *Apunte de aproximación a la fe de Unamuno*, Actas del Congreso Internacional Cincuentenario de Unamuno, Acta Salmanticensia, Biblioteca Unamuno, nº 13, Ediciones Universidad de Salamanca, 1989, pp. 629-632.

Isaac, lo cual no puede ser más indicativo en un pensador tan repetitivo de citas, pormenores y episodios de su interés como el que estamos estudiando.

2º Leer a Unamuno es viajar a los tiempos del Antiguo Israel. Es incuestionable que Unamuno hubiera querido ser –y en ocasiones se sintió llamado por Dios a cumplir la gran misión de despertar las almas de sus dormidos compatriotas– un profeta vehemente como Jeremías y que su voz atronara España entera; también hubiera deseado ser, como Moisés, el caudillo solitario que condujera a su pueblo a la tierra esperada y obtener de Dios el don de poderle hablar cara a cara (Nm. 12, 8). Y, al igual que Enoc, hubiera gozado siendo traspuerto, sin morir, a la presencia de Jehová (Gn. 5, 24; He. 11, 5).

Combatió, como Jacob, en busca del nombre del Todopoderoso y, como Job, por verle Su rostro. Hizo «de esta lucha su vida. Más claro, afirma en la que se considera su obra capital, ni el agua que sale de la nieve de las cumbres»¹¹. Ciertamente Don Miguel fue un varón viejotestamentario; concretamente, un patriarca que, como los dos mencionados, «disputaba, polemizaba con su Dios»¹². Al hacer esta aserción no tratamos de encasillarle en ningún «ismo» –«esa fea coleta»¹³ que tanto le repugnaba–, sino de situarlo existencialmente. Es innegable que en Unamuno todas las coordenadas humanas se hallaban sujetas –como lo estaban en todo creyente hebreo– a las coordenadas divinas¹⁴.

II. En la siguiente etapa, un par de agotadores y fecundos años, profundizamos en la influencia que los citados libros bíblicos ejercieron en el rector salmantino. Ello nos permitió el logro de tres hallazgos importantes;

1º Averiguamos que *Génesis*, *Job* (junto a los salmos de lamentación) y *Eclesiastés* forman la tríada de libros en que Unamuno apoya su fe. En efecto; toda su vida fue un constante bregar (la vida es milicia, lucha, prueba (Job 7,1)) con el misterio por entre la niebla de la existencia (la vida es vanidad de vanidades (Ec. 1-2)) creando desde el abismo de esta nada existencial (Gn. 1) la fe que le llevaba constantemente a Dios, el Creador y gobernador del universo, en quien, como David (Sal. 7,1.3), confiaba y de cuya providencia esperaba protección.

Job y *Oohelet* (y los salmos de aflicción) le aportan el contenido o aspecto doctrinal de la fe –tanto el patriarca como el predicador viven con la sensación de que Yahveh les ha abandonado– mientras que *Génesis* le proporciona el aspecto formal de la misma –la fe es un constante acto de creación–.

2º Descubrimos que el trato que mantiene con *Job* y *Eclesiastés* es desigual, pues mientras que con el segundo la relación es intermitente –ya de aceptación total, ya de rechazo absoluto– con el primero es continua; el patriarca está presente, aunque casi siempre de manera oculta por causas que más adelante esbozaremos, en toda su obra. De ahí que consideremos –sin que él así lo expresara– que la fe de Unamuno es la fe de *Job*. Esta aseveración –que denota la *conditio sine qua non* para entender la fe de Don Miguel– significa que:

11. *Del sentimiento trágico de la vida*, 1912, Escelicer, O.C. VII, p. 262.

12. *Leyendo a Baltasar Gracián*, 23-7-1920, Esc. OC III, p. 1018.

13. *Educación por la historia*, 15-3-1910, Esc. OC III, p. 541.

14. MARTINI, Carlo María, *El sueño de Jacob. Inicio de un itinerario espiritual*, Edicep, nº 5, Valencia, 1990, p. 30.

a) Unamuno creía en Jehová, el «Dios de Abraham, de Isaac, y de Jacob» (Ex. 3, 6; Mt. 22, 32; Mr. 12, 26; Lc. 20, 37; Hch. 7, 32) y también de David (Sal. 7, 1.3) y de Job. Es del todo revelador que en las meditaciones que iba anotando a finales de 1936, cuando el nombre de Dios era empleado en vano por todos los contendientes en la guerra incivil, suplicara que fuera santificado, en silencio, el nombre de Jehová¹⁵, lo que es exigencia de todo creyente (Is. 29, 23; Mt. 6, 9; Lc. 11, 2)

b) De los modelos de fe que nos presenta el Antiguo Testamento, Unamuno se apropió y siguió el del patriarca Job. A este respecto son dignas de tener en cuenta las palabras que según explica él mismo, le dijo Pere Corominas en Barcelona: «Usted no ha llegado aún al Evangelio; se ha quedado en el libro de Job»¹⁶. Efectivamente Unamuno:

— se identifica con el patriarca. Con toda claridad lo expresa al decir: «el que haciéndose propio el vanidad de vanidades del Eclesiastés o las quejas de Job...»¹⁷, lo que según su impersonal modo de embozar sus propias convicciones quiere decir: «yo hago propio el vanidad de vanidades del Eclesiastés y las quejas de Job...» «Y es que Job y Eclesiastés hurgan en la «herida central del alma», una llaga llena de una «verdad muy verdadera» pero, ¿cuántos sienten el supremo valor de la contradicción íntima? pregunta Unamuno¹⁸. Por supuesto que él se incluía entre estos privilegiados. Por ello se reputaba a sí mismo «uno que afirma contrarios, un hombre de contradicción y de pelea, como de sí mismo decía Job»¹⁹ y, como hemos apuntado anteriormente, hizo de esta lucha su vida. Aunque no consta que Job lo pronunciara (quien lo declara es Jeremías (Jer. 15, 10), lo que hay que interpretar como un lapsus de Unamuno; no hay que olvidar que la personalidad del profeta le atraía poderosamente) es de suponer que en los momentos de máxima tensión debía vivirlo y sentirlo así. Más certero y, como siempre, sincero es Unamuno, por lo tanto, al decir: «me siento, como Job, un hombre de contradicción. Gracias a Dios»²⁰.

— interpreta a Job desde su personal modo de ser. Sumamente expresivas son sus palabras al ponderar que si el autor de los *Salmos* o el del *Libro de Job* pudieran resucitar y enterarse de los comentarios que se han arremolinado acerca de sus divinos desahogos volverían a morir, diciéndose: «¿Pero todo eso dije yo, Dios mío? Y todo eso, concluye Unamuno, han hecho decir»²¹; lo que, una vez más, debe leerse: «todo eso he hecho decir yo».

— proyecta en el patriarca muchos de sus problemas e inquietudes. Es indudable que su corazón se conmovía al leer las angustias de Job²²; no es extraño, por lo mismo, que prefiriera la interpretación y el acercamiento existencial —de la que sus páginas son fiel reflejo— a cualquier estudio hermenéutico o comentario exegético —que no realiza ningun-

15. *El resentimiento trágico de la vida*. Colección Alianza Tres, nº 259, Alianza Editorial, S.A. Madrid, 1991, p. 33.

16. *Carta de Unamuno a Maragall*, 18-11-1906, Epistolario y escritos complementarios, Seminarios y ediciones, S.A., Madrid, 1971, p. 38.

17. *Del sentimiento trágico de la vida*, op. cit., p. 184.

18. *Disolución de problemas*, 2-1-1920, A.A. OC IX, p. 947.

19. *Del sentimiento trágico de la vida*, op. cit., p.262; Mazzini y Renán, op. cit., p. 994.

20. *Arabesco pedagógico sobre el juego*, 19-1-1914, C.A. 1628, p. 87.

21. *El entierro del clasicismo*, 20-8-1906, Esc. OC VII, p. 1296.

22. *Desahogo lírico*, 15-2-1909, Esc. OC III, p. 411.

no— a pesar de que este libro presenta un texto misterioso, lleno de enigmas filológicos, históricos, literarios, interpretativos...²³

c) Por todo lo explicado no puede considerarse a Unamuno, en el sentido pleno de la palabra, cristiano. En efecto; para el cristianismo en Abraham empieza el camino de la redención que lleva a Cristo, el Hijo Único de Dios, el Salvador. Dios se revela a Abraham, se dirige amorosamente al hombre, quien vive la cercanía del Todopoderoso. La iniciativa parte del Creador. Dios habla y el hombre responde; Jehová manda y Abraham obedece. Pero a esta fe desde la certeza de que Dios ha hablado, Unamuno contrapone la fe vivida desde la sensación de abandono que experimenta el hombre al no oír la respuesta de Dios a sus insistentes súplicas. En Job es el hombre quien toma la iniciativa. El creyente llama a Dios desde la sima en que se ha vuelto su vida («De lo profundo, oh Jehová, a ti clamo» (Sal. 130, 1)), pero Dios calla. La fe, entonces, se vuelve conflictiva y trágica, una angustiada lucha de contradicciones íntimas. Por ello dice Unamuno que la virtud teologal de Job fue «esperar aun sin fe; esperar hasta lo absurdo, lo imposible»²⁴. Para el pensador vasco la experiencia de Job llega al máximo en Cristo, el hombre que sufrió, padeció por los demás, y murió ante el silencio de Dios. Tanto Job como Cristo protestaron con acentos inmortales clamando «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»²⁵, cita (Sal. 22, 1; Mt. 27, 46) que es el fundamento doctrinal que une los libros de la trilogía a que hemos hecho referencia anteriormente.

Don Miguel encontró en el del varón de Uz el libro axial de la Biblia²⁶ y con este criterio juzgó el Evangelio. Es lo que denominamos *giro unamuniano*, consistente en interpretar el Nuevo Testamento desde el Antiguo. A diferencia del alma de Kierkegaard que —como cita Unamuno²⁷— volvía una y otra vez al Antiguo Testamento —lo que todo cristiano hace— la de Unamuno estaba siempre instalada en él y desde esta ubicación espiritual intentaba dilucidar, con sus diarias lecturas, la certidumbre evangélica. Más que encontrar en el *Libro de Job* un mensaje cristiano²⁸. Unamuno halló en Cristo la plenitud del drama existencial del patriarca. Pensamos que ésta es una diferencia lo suficientemente importante como para rechazar la apreciación de algunos estudiosos que han valorado que la influencia que ejerció el pensador danés en Unamuno fue poco menos que decisiva.

Unamuno no se apartó ni a la derecha ni a la izquierda del camino de Jehová (Dt. 17, 11.20; 2R. 22, 2), pero el de Cristo no lo transitó —salvo en contados momentos— por verdades de tradición, coherencia y ortodoxia. Por supuesto que pugnó sin desmayar la prueba de la fe con los ojos puestos —además de en Job— en Jesús (Hbg. 12, 1-2-3), pero en el Jesús del desaliento en el olivar²⁹ y de la agonía en la cruz; el Jesús hombre sin contenidos redentores. Es lógico que el cristianismo, desde esta perspectiva, se le mostrara a Una-

23. MARTINI, Carlo María: *Habéis perseverado conmigo en mis pruebas. Meditaciones sobre Job*, Edicep, n° 6, Valencia, 1990, p. 24.

24. *La justicia de Job*, 28-2-1936, Ensueño de una patria, Pretextos, n° 61, Valencia, 1984, p. 269.

25. *Junto a la cerca del paraíso*, 4-9-1916, Esc. OC III, p. 761.

26. SPARK, Muriel: *El único problema*, Editorial Laia. S.A., Barcelona, 1985, p. 29.

27. *Ibsen y Kierkegaard*, 3-1907, Esc. OC III, p. 291.

28. SPARK, Muriel: *op. cit.*, p. 136.

29. *Taine, caricaturista*, 10-3-1907, Esc. OC III, p. 591.

munero agónico y desesperado. No negamos en absoluto que puede hablarse de cristianismo agónico en Unamuno si por tal se entiende –y sólo en este caso– el cristianismo vivido desde Job. Pero consideramos que desde la aceptación de la revelación cristiana no puede esta tesis ser tenida por correcta. Luchó Unamuno por abrazar la verdad de Jesucristo pero con el *Cantar de los cantares* (al que remite varias veces en *El Cristo de Velázquez*: Cnt. 1, 6; 1, 15; 4, 14; 5, 2; 5, 4; 5, 11) podía haber exclamado: «Busqué al que ama mi alma; lo busqué, y no lo hallé» (Cnt. 3,1-2).

Sostenemos que Unamuno, consciente de los graves problemas que se le hubieran presentado si de manera abierta y sin ningún velo hubiera expuesto su fe en un país y una época donde la intransigencia católica dominaba todas las esferas y el odio a los judíos –a los que se les hacía responsables del deicidio– era fanático, optó por ocultar, con ropajes cristianos, su verdadera fe.

3º Elucidamos que para Unamuno *Job* y *Eclesiastés* muestran sendas respuestas a la fe vivida desde el conflicto, desde la desesperación que siente el alma atribulada del creyente al no oír la respuesta de Dios a sus ruegos: el *Eclesiastés*, la resignación –no fatalismo–, que puede presentarse de forma activa o pasiva; *Job*, la queja y la rebeldía, que no excluyen ni la obediencia ni la paciencia. La postura del predicador hunde al hombre en el tardíamente llamado por Unamuno sentimiento de la vida continua; la del patriarca en el sentimiento trágico. Unamuno vive intensamente el primero cuando contempla la naturaleza y en las fases profundas de sus crisis espirituales (lo que en algunos textos puede dar la sensación de panteísmo o ateísmo); el segundo, constantemente pero sobre todo en los momentos en que la agitación anímica viene atravesada por problemas intelectuales.

III. En la tercera y última etapa –otro largo y laborioso año– nos centramos en dos aspectos;

1º Por un lado ordenamos las pruebas que demuestran la validez de nuestras afirmaciones. Con el material encontrado agrupamos las mismas en dos apartados: las que llamamos evidencias internas, es decir, las que nos proporcionan los propios textos de Unamuno, y las externas, esto es, aquellas que nos aportan los documentos, testimonios y escritos de otros autores, de alguna manera relacionados con Don Miguel.

2º Por otro lado nos propusimos indagar en la infancia de Unamuno toda vez que nos era manifiesto que tanto su concepción de la fe como la inicial influencia de Job debían haber nacido en una edad muy temprana. Así nos lo hacía suponer unas palabras de Unamuno en el artículo *El Quijote de los niños*³⁰ donde expone lo desaconsejable que es obligar a los niños no sólo a leer sino también a oír ciertos libros –entre los primeros el *Quijote*; entre los segundos, el *Apocalipsis*, el libro de los *Números* y el de *Job*, que nos sirvieron de base para adentrarnos en el alma de Miguel y llegar a la conclusión de que es del todo probable que entre los doce-catorce años tuviera el primer contacto con el patriarca Job.

Para concluir hemos de decir, en honor a la verdad y para evitar malos entendidos, que nuestro estudio no es una personal interpretación de Job desde Unamuno –aunque esto es lo que hizo el rector salmantino– pero tampoco una premeditada lectura de Unamuno

30. *El Quijote de los niños*, 13-12-1915, Esc. OC VII, p. 1221.

desde Job. Nuestras conclusiones, inéditas, son el resultado de una rigurosa y minuciosa investigación que nos permite estar en condiciones de asegurar que para una cabal comprensión de la fe de Don Miguel de Unamuno es indispensable un doble y profundo conocimiento: el de su obra total —es decir, una lectura lo más extensa posible; toda es prácticamente imposible— y el de la Biblia, principalmente el de los libros del Antiguo Testamento con los que más se nutre. Pensamos, con toda sinceridad y humildad, que esta tesis es el primer trabajo serio que se ha realizado atendiendo a estos dos requisitos. Como tal, somos conscientes de que, aunque nuestra aportación ayude a ampliar el horizonte interpretativo de Don Miguel, no presentamos un estudio concluido y definitivo. Es, tan sólo, un momentáneo lugar de llegada que esperamos sea, a su vez, un próximo punto de partida.